



BREVES RELATOS
DEL SUR

Erika Tustin

BREVES RELATOS
DEL SUR



Primera edición: abril de 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Erika Tustin

ISBN: 978-84-19340-08-5

ISBN digital: 978-84-19340-09-2

Depósito legal: M-10981-2022

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Canela, Albert, y Aaroncito

VIDA DEL ESCRITOR

Mozas risueñas y castillos flamantes
les da vida un escritor;
pero las palabras y el papel
le dan vida al escritor.

DRÁCULA Y EL CHINCHILICO

Una vez, Drácula se fue a pasear por las calles ancestrales de la ciudad del Cuzco. Estaba tan emocionado de conocer la piedra de los doce ángulos que olvidó poner su capa. Aunque odiaba salir sin su capa, se sentía muy emocionado de conocer esa piedra maravillosa que sus amigos le hablaron tanto.

—No solo es una piedra, sino lo que representa en ella —le dijeron.

Cuando la vio, entendió lo que querían decir sus amigos.

—No solo es una piedra, sino siglos y siglos de sabiduría escondida y exhibida a la vez —dijo casi gritando a su alrededor.

Y, tan encantado estaba con la gran piedra que no se percató de la llegada de un espectador que lo miraba con interés. Después de unos minutos parado detrás de Drácula, tuvo que carraspear su garganta para que el embelesado amante de sangre notase su presencia.

—¿Deseas algo, caballero? —preguntó un poco molesto el chupasangre, aparentemente incómodo por la interrupción.

—No puedes llevártela contigo —lo acusó su observador.

Drácula trató de usar sus poderes con el sujeto molesto parado frente a él, pero no sucedía nada. Lo intentó una y otra vez, pero sus poderes hipnóticos y sobrenaturales no hacían efecto sobre su acusador.

—Tus poderes no funcionan conmigo. Mejor guárdatelos para tus víctimas —le dijo finalmente el hombre pequeño que lo observaba.

—¿Quién eres?

—Me llaman *Chinbilico* y soy el guardián de los materiales preciosos en los Apus.

—¿Qué quieres? —preguntó un Drácula confundido. Había escuchado ese nombre antes, pero no sabía dónde ni cuándo. Se arrepintió de haber olvidado su enciclopedia en casa. Le gustaba estar siempre preparado para toda ocasión.

—Solo quería conocerte y advertirte que los humanos de estas tierras son míos —al escuchar esas amenazas, nuestro amigo de negro volteó los ojos. Claro que quería probar sangre nueva, pero lo que más le interesaba era la piedra. Además, nadie le decía qué hacer y qué no hacer, y mucho menos un duende vestido con casco y botas—. Cuidado, *Draculita*, mira que estás muy lejos de casa —le advirtió el diablillo que tenía el poder de leer la mente—. La piedra se queda aquí —le dijo.

Drácula estaba furioso, pero desistió de la idea de robar la piedra esa noche porque no conocía los poderes de su retador. En el pasado casi muere por enfrentarse a lo desconocido y, aunque la piedra le fascinaba, prefirió ha-

cerlo en otra ocasión. Total, tenía muchos siglos de vida para conseguir su cometido.

—Aquí te estaré esperando, *Draqui* —le dijo el enano.

—¿Quién es *Draqui*?

—Tú.

—¡Mi nombre es Drácula, no *Draqui*!

—Ya, cálmate, *Draqui*, solo lo digo con cariño.

—Drácula.

—*Draqui*.

—Aparte de enano, antipático.

—Y tú, aparte de chupasangre, colérico.

Así se pasaron horas con insultos y amenazas, hasta que una hora antes del amanecer, quedaron en un acuerdo. *Draqui* sería el apodo de Drácula y *Chinchi* sería el apodo del Chinchilico.

Drácula regresaba cada noche a apreciar la piedra que tanto le fascinaba al igual que el Chinchilico regresaba para percatarse de que no se la robase. Después de tantos días de encuentros, empezaron a hacerse amigos. El Chinchilico se tomó unas vacaciones para llevarlo por diferentes partes turísticas del Perú. De esta manera, empezó una amistad que traspasó los centenarios. *Draqui* y *Chinchi* hasta ahora se comunican ya no solo por correo, sino que lo hacen por teléfono e internet para planear sus viajes y aventuras. Aunque todavía *Draqui* sueña con llevar la piedra de doce ángulos a su mansión, prefiere la compañía de su amigo *Chinchi*, el diablillo de las minas.



DOCE

Mi hermana y yo nos acabamos de despertar. Es una hermosa mañana de verano. Sobando sus ojos soñolientos, mi hermana escucha cómo comienzo a decir un cuento.

—Había una vez, en un alejado y encantado lugar, vivía una ranita llamada *Motta* y su amigo el *Puerquito*, que era un adorable chanchito azul —declaro.

—No quiero escuchar más —dice mi hermana repentinamente con un tono de voz de pocos amigos.

—¿Por qué? ¿No te gustan mis cuentos? —le pregunto.

—No, no me gustan. No existen cerditos azules. Además, estamos demasiado grandes para cosas así —agrega mi hermana.

En aquel instante me doy cuenta de que mi hermana tiene razón. Tenemos doce años de edad y aún continúo contando historias como cuando tenía cinco años. Esta realización brutal me deja pasmada y muda. Me encierro en mis pensamientos mientras mi hermana se levanta y se dirige directamente hacia la ventana. Separa las cortinas y una luz radiante entra a través del vidrio. Es una luz

que nos invita a salir afuera y disfrutar del día. Sus ojos se fijan en un lugar del cielo azul por unos segundos y entonces regresa hacia mí.

—Lo siento por mi comentario acerca de tu cuento. Quizás haya un cerdito azul en algún lugar —me dice.

—Por supuesto —le respondo.

Una chispa de felicidad explota entre nosotras. Comenzamos a reír de oreja a oreja. Después de cinco minutos de risa incontrolable, decidimos empezar nuestras obligaciones.

Mi hermana y yo vivimos solas en la vieja casa de campo de mis abuelos. Tenemos que cuidar de los animales y las tierras. Nuestros animales tienen una gran variedad de colores y tamaños. Por ejemplo, tenemos casi cien cuyes. Todos ellos son diferentes. Algunos son negros, blancos y cafés. Otros son gorditos y flaquitos. En las tierras cultivamos alfalfa que usamos para alimentar a nuestros animales.

Mis padres y hermanos están en nuestra otra casa de campo, cinco horas lejos de aquí. Nos dejaron al cuidado de nuestra tía antes de irse, pero mi tía tuvo que viajar a otra ciudad hace dos semanas. No me importa que estemos solas porque tengo a mi hermana. Además, sé que mis padres regresarán dentro de un mes. Estarán felizmente sorprendidos por el trabajo que estamos haciendo en cuidar la granja.

Son las seis de la mañana y mi hermana y yo tenemos que dividir nuestras tareas. Una de nosotras debe alimentar a los animales, mientras la otra cocina y limpia la casa.

Propongo lanzar una moneda. Mi hermana acepta el trato con un movimiento de su cabeza y escoge sello. Mientras la moneda da vueltas en el aire, primero peleando contra la gravedad y luego obedeciéndola, un absoluto silencio invade la habitación.

Apenas la moneda cae al piso, mi hermana la recoge con una sonrisa.

—¡Te gané! Ja, ja, ja. ¡Te gané! —me dice. Se detiene a pensar y decide—. Quiero cocinar y limpiar porque ayer te olvidaste de poner sal a lo sopa —añade.

No es la primera vez que dejo la sopa sin sabor. A veces quemo el guiso y derramo la leche. No entiendo por qué algunas veces soy tan distraída. De todos modos, me gusta alimentar a los animales porque es divertido y cada uno de ellos tiene un comportamiento especial. Nuestras vacas son tranquilas pero las borregas son muy locas. Corren sin destino alguno cuando están asustadas.

Tendemos nuestras camas y arreglamos la habitación entre risas y chistes. A mi hermana le gusta peinarse muy bien y arreglarse con lo que puede. No contamos con mucha ropa, pero es una experta en lucir bien en todo momento. En cambio, yo soy un desastre. No combino nada y mi cabello es tan rebelde que parezco chascosa todo el tiempo.

Mientras ella se dirige a la cocina, yo camino al establo. En el camino paso a *Piki* y *Pika*, quienes son una pareja de patos. Tan pronto me ven, vienen corriendo hacia mí. Me siguen a todas partes porque aman estar cerca de los seres humanos. He escrito historias acerca

de esos patitos. De hecho, he escrito acerca de casi todos los animales. Cada uno de ellos es un candidato perfecto para mis cuentos porque son pintorescos y entretenidos. Mi hermana piensa que soy una soñadora, y creo que tiene razón. Para mí la vida es como un arcoíris. Solo debes escoger el color con el que quieres vivir.

Siempre empiezo por alimentar a los cuadrúpedos grandes como las vacas, terneros, borregas, cerdos y a mi querido burro. Las vacas y los terneros comen chala y concentrado cada mañana antes de ir al sembrío de alfalfa. Mi burro siempre quiere un poco de concentrado y el pobre siempre espera su ración con la lengua afuera. Mi mami dice que no debería darle a mi burro porque el concentrado es demasiado caro para malgastarlo en ese animal. Tiene suficiente con la chala. Pero verlo con su lengüita afuera y haciendo ruiditos me da tanta pena, que un poco de su alimento favorito va para él. Después de que todos los animales grandes son alimentados, empiezo a alimentar a los más pequeños. Piki y Pika son los primeros en la fila en recibir su porción de maíz. Entonces vienen las gallinas, pavos y gansos. Finalmente doy alfalfa fresca a los conejos y cuyes.

Hoy es un día caluroso. Piki y Pika no aguantan el sol y van bajo la sombra de un árbol para refrescarse. Estoy terminando mi trabajo y pronto podré jugar con mi hermana y mi prima, quien vive cuatro puertas más abajo. Ahora es casi las ocho, casi hora de desayunar. Tan pronto termino mis obligaciones, me voy derecho a la cocina donde mi hermana está preparando el desayuno. El olor

maravilloso de guiso y té de canela es una gran tentación que no pudo resistir. Tenemos una vieja radio en la entrada de la cocina. La prendo y sintonizo mi estación favorita. Cuando tomo mi lugar en la mesa, comienzo a decir a mi hermana un cuento nuevo.

—Había una vez, una hermosa princesa... —digo.

—Recuerda que ya no somos unas nenitas —dice mi hermana sonriendo, me guiña un ojo y me permite continuar.

